



UNIVERSIDAD
DE LA REPÚBLICA
URUGUAY

REVISTA DEL INSTITUTO DE HISTORIA
FACULTAD DE ARQUITECTURA, DISEÑO Y URBANISMO – UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA

VITRUVIA

AÑO 8 – NÚMERO 7 – DICIEMBRE DE 2021
MONTEVIDEO – URUGUAY

VIVIENDO SOLA_S

EN LA ERA DEL ANTROPOCENO: DE LA ESCUADRA Y EL CARTABÓN

ATXU AMANN ALCOCER

*Lo supe siempre. No hay nadie que aguante la libertad ajena;
a nadie le gusta vivir con una persona libre. Si eres libre,
ese es el precio que tienes que pagar: la soledad.*

Chavela Vargas

Cuando cursaba la carrera en la Escuela de Arquitectura de Madrid, recuerdo haber leído que Wladimir Kandinsky siempre pintaba el mismo cuadro, y no entendía lo que quería decir; veía sus cuadros y todos me parecían absolutamente diferentes. Ahora, muchas décadas después, sigo sin comprender sus palabras y pienso que debí de haberlas interpretado mal; quizás siempre buscaba lo mismo en cada pintura, o quizás sentía lo mismo: un sentimiento de insatisfacción en su búsqueda de la abstracción. Su última obra, «Acuerdo recíproco», fue pintada en 1942 en París, donde residía tras haber huido de Alemania y donde murió el mismo año que la ciudad fue liberada de la ocupación nazi. Allí, desplazado, culminó un nuevo estilo, bastante polémico, de su producción geométrica, cósmica y quizás botánica.

Pues incluso sin comprender del todo, sí puedo decir que desde hace tiempo siento que siempre escribo el mismo texto. Da igual dónde se origine o el título que lo encabece; según se va desarrollando, va inclinándose hacia un punto en el que termina concluyendo del mismo modo. Entre medias, las palabras se suceden como brochazos mostrando los conceptos robados y las

referencias compartidas que van entretejiendo una red sobre la cual las ideas se posan y se relacionan de un modo aparentemente casual, pero descaradamente estratégico.

Suele ocurrir que los artículos, cuando superas con creces el medio siglo y no buscas indexaciones ni méritos académicos, sino que son la respuesta a amables invitaciones de colegas, tienen un carácter reflexivo y, lamentablemente para los lectores, comparten en voz alta las preocupaciones de alguien que suele estar lejos pero todavía viva (afortunadamente, eres libre para abandonar este texto aquí mismo).

Esta lejanía a menudo no es física sino mental. El distanciamiento, consciente o no, propio de la edad facilita un extrañamiento del mundo que amplía el campo de visión en el espacio y en el tiempo. Frente a la cercanía de la mirada en la que se insiste desde la Academia para acotar el ámbito de la investigación y facilitar un avance de conocimiento que suponga una novedad dentro de nuestro campo disciplinar, la recompensa por haber sobrevivido a la mediocridad, a la burocracia y a la estupidez de nuestro entorno es poder sobrevolar, tomando distancia para poder ver todo con cierta claridad.

Evidentemente este alejamiento requiere cierta agilidad, agudeza visual y, sobre todo, un buen grupo de acompañantes que faciliten las explicaciones de lo desconocido y lo irreconocible. Con casi todos ellos y ellas, muertos o vivos, entre los que se encuentran muy pocos profesionales de la arquitectura, compartimos tanto una capacidad de resistencia a un entorno humano hostil como el sentimiento de que «no estamos para nada contentas». Aunque personalmente estoy hartísima de aparecer siempre en los videos de internet como enfadada, creo que no hay justificación para el optimismo (*¡no estamos para nada contentos!, ¡no estamos para nada contentos!* como grito de no reconciliación citado por Isabelle Stengers).

Desde esta posición, desde fuera, abrumada por la incorporación de nuevos términos y de visiones muy enriquecedoras provenientes de otras disciplinas, he podido apreciar dos situaciones. En primer lugar, que en la actualidad, y como ya dijo el colectivo Supersudaca hace años, *el mundo de la arquitectura y la arquitectura del mundo cada vez están más distantes*; es más, no sólo no parecen compartir los mismos intereses, sino tampoco

el mismo lenguaje, lo cual dificulta mucho la comunicación. Por otro lado, aunque pueda parecer paradójico, también se percibe con claridad que las prácticas arquitectónicas han estado siempre vinculadas a las estrategias de poder que controlan los modos que tenemos de habitar en este planeta convirtiendo a nuestra arquitectura en un dispositivo.

En nuestro ámbito disciplinar, asumimos de forma natural la pervivencia de un discurso basado en distintas lógicas dualistas heredadas del pasado que sirvieron para construir el orden de las cosas y algunos de los paradigmas asumidos en nuestras escuelas, como el de la ciudad moderna. Como casi todos ya sabemos, la Historia en modo alguno es razonable, sino que es la razón la que es histórica. No vamos a detenernos ahora en exponer desde un enfoque de género una visión crítica de la Historia, pero tampoco podemos pasar por alto el presente como si no fuera una realidad perfectamente diseñada por unos mediante el sometimiento de los otros. Porque un enfoque de género precisamente lo que hace es desplazar la mirada desde la arquitectura como práctica productiva neutral hacia un modo de hacer que pone la sostenibilidad de la vida en el centro de nuestras acciones y desde luego reconoce abiertamente que la ideología y la arquitectura están íntimamente unidas, por lo que los estados de alerta son obligatorios ante la sospecha de intereses que desde hace demasiado tiempo están ligados al capitalismo.

La separación entre el interior y el exterior, la casa y la ciudad, lo privado y lo público, lo reproductivo y lo productivo, el esclavo y el propietario, no es sino una serie de algunas de las divisiones duales encadenadas por una lógica que atraviesan distintas categorías y que terminan en la dualidad mujer y hombre. La construcción de la casa como prisión para más de la mitad de la población humana no parece una cuestión menor y, desde luego, ni la arquitectura está la margen de ello, ni es un tema del pasado: no hace falta reproducir los titulares y las imágenes de estos días de Afganistán, y de estos últimos años también (¡qué afortunadas somos al vivir en un país laico!, ¡qué afortunadas al ser abiertamente ateas!).

En efecto, desde esta mirada extrañada —como de extraterrestre, les digo yo a mis alumnos— todos los temas nos afectan y van apareciendo como fotografías desde el satélite en un paisaje

continuo de distintos fragmentos muy distintos que van interactuando y a veces resuenan y a veces te perforan, como cuando viajas en avión y entiendes el planeta y sigues sin comprender las fronteras. A estas alturas, sin haber comenzado todavía a desarrollar el tema que nos ocupa, muchos ya habrán pensado que las abuelas siempre estamos contando la misma historia, la de la guerra; aquí en España, al menos, es así: la guerra civil, que dividió nuestro estado en dos partes que todavía no han logrado fundirse, ha ocupado y ocupa las mentes de los que vivieron ese horror. Pero es que ahora es peor; como señala Bruno Latour, existe otra guerra por encima de la que libran los estados, las clases y los géneros: la «guerra de los mundos», en la que nuestro planeta se vuelve violentamente contra nosotros, bajo la forma de lo que durante mucho tiempo hemos denominado «desastres naturales» como si nada. Ya no es sólo que los humanos estemos destruyendo la Tierra; ahora nos damos cuenta de que también la Tierra puede destruirnos. Ya no se trata de «cuidar el planeta» no usando lejía, reciclando material, separando la basura y no tirando cigarros encendidos en el bosque ni bolsas de plástico en las playas. Nuestro planeta lleva tiempo demostrando que tiene capacidad de respuesta, y las consecuencias del desarrollo descontrolado en el clima ya son irreversibles. Como dice Stengers, *mientras nosotros nos embarcamos en nuestras disputas intersubjetivas (económicas, militares, simbólicas, territoriales y de género), perdemos de vista que el planeta entero, con todos sus «objetos» (tornados, inundaciones, pandemias), comienza a atacarnos por la espalda.*

Y aquí nos encontramos, en medio de la quinta ola de la pandemia de la covid-19, a cuarenta grados centígrados, escribiendo, con la mascarilla en el brazo por si se acerca un humano, a cien metros de la orilla de lo que aquí en España se llama el Mar Menor. Se trata de uno los mayores lagos de Europa, con una pequeña salida al Mediterráneo, que se encuentra en un proceso de eutrofización (exceso de nutrientes por contaminación que dispara el crecimiento de organismos que consumen el oxígeno) en el que el fenómeno de anoxia hace que los peces literalmente salten a la arena para intentar respirar, y allí mueran. Este paisaje terrible de cadáveres, este sentimiento de impotencia y tristeza no se percibe desde lejos. Esta es la doble escala que obligatoriamente manejamos como arquitectas y que nos obliga a usar lentes

bifocales. En efecto, como sostiene Latour, no se puede mirar para otro lado porque no hay donde esconderse: «Por espantosa que fuese la historia, la geohistoria será probablemente peor, dado que hasta ahora había permanecido en segundo plano; el paisaje que había servido de marco a todos los conflictos humanos acaba de unirse a la lucha».¹

Desde lejos o desde cerca, desde dentro o desde fuera, el mundo nos interpela y cada vez es más urgente buscar un «desplazamiento» dentro de nuestras prácticas arquitectónicas para subvertir las lógicas heredadas y ensayar otros modos de habitar la Tierra. La imaginación radical no puede quedarse en los trazados geométricos de las ciudades y en los rascacielos más altos jamás realizados, sino en la emergencia de proyectos y teorías que se posicionan contra los discursos hegemónicos y exploran nuevas narrativas más atentas a un paisaje posthumano, transhumano, antihumano... apocalíptico.

Según Michel Foucault, lo que anuncia el *dictum* nietzscheano *Gott ist tot!* es el fin de su asesino: *la muerte de Dios y el último hombre han partido unidos: ¿acaso no es el último hombre el que anuncia que ha matado a Dios, colocando así su lenguaje, su pensamiento, su risa, en el espacio de Dios y cuya existencia implica la libertad y la decisión de este asesinato?*

Después de los excesos y de las contradicciones a las que condujeron los diferentes humanismos que caracterizaron a la Modernidad, tanto ilustrada como tardía, el pensamiento contemporáneo no sólo se encuentra en un pesimismo justificado respecto de las potencialidades emancipadoras de la racionalidad autónoma y crítica que caracterizó a esa época: el pesimismo actual reniega del ser humano como valor y como ideal. La conclusión es nítida: la cultura humanista ha fracasado, el potencial bárbaro de la civilización está creciendo más cada día y se abre el camino a una era no antropocéntrica.

En términos generales, el posthumanismo es un concepto ambiguo, usado de manera plural en la primera década del siglo XXI porque, como dice Daniel Blanchard, *vivimos hoy en un mundo que «no se deja pensar» porque «nos quedamos sin palabras»: bien porque las que tenemos a disposición para referir nuestra realidad tienen ya significados prefijados por una lógica establecida, bien porque hay cosas para las que aún no tenemos nombres.*

1. B. Latour, *Cara a cara con el planeta* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2017), 91.

En algunos casos, el desvío hacia la «técnica» encuentra acomodo y, junto a la disolución del humanismo, algunos que no aceptan el panorama, como Peter Sløterdijk, apoyan la manipulación genética de la descendencia como el camino para mejorar al ser humano. ¿A qué precio?

Como dice Lucía Gutiérrez, *el unicornio era tan raro que pasaba desapercibido, porque los ojos sólo ven lo que están acostumbrados a ver*.

En otros casos, palabras tan asumidas como «Naturaleza» se revelan, como señala Donna Haraway, «no aptas para pensar con» en el contexto actual de crisis ecosocial en el que, a partir de distintas causas antrópicas, se tienen consecuencias catastróficas y se usan términos como «Antropoceno» o «Capitaloceno» para designar una era en la que la acción del ser humano trastoca el planeta. El término Antropoceno es fundamental y está encima de la mesa para acercarnos al fin del mundo. El Antropoceno es esta dimensión geológica por la que los procesos humanos de la Tierra se han transmutado y han devenido una causa geológica debido a las repercusiones que tienen en el clima y la biodiversidad tanto por la rápida acumulación de gases de efecto de invernadero como por los daños irreversibles ocasionados por el consumo excesivo de recursos naturales.

Las denominaciones Occidentaloceno y Capitaloceno aparecen cuando se asume que somos los occidentales y un determinado sistema económico los responsables de haber traspasado los límites biogeofísicos del planeta.

No nos corresponde como arquitectas y arquitectos debatir sobre si se puede usar estos vocablos para definir una nueva época geológica; basta con dejar de comportarnos como avestruces, abandonar el negacionismo colectivo y corporativo —como si no fuera con nosotros—, asumir que el final del mundo ya está aquí y preguntarnos cuál es la dimensión arquitectónica de las distintas visiones apocalípticas.

La aparición del concepto de Antropoceno nos obliga a examinar y explicar cómo las sociedades humanas hemos podido provocar cambios de tal magnitud en el *modus operandi* del planeta y cuál es el impacto diferenciado de cada una de ellas en el mundo. Las ciencias humanas, sociales o tecnológicas con un marcado carácter antropocéntrico, como la nuestra, tendremos que plantear un giro radical y suministrar instrumentos para

construir nuevas prácticas que respondan a los problemas planteados en esta nueva era.

Para empezar, como señalan Déborah Danowsky y Eduardo Viveiros de Castro, debemos pensar si estamos hablando del fin del mundo o del fin de la humanidad.

En cualquier caso, llevamos 2.205 palabras y no hemos comenzado con el contenido que sugiere el título de este artículo; esta situación también es muy de nuestro ámbito: nos perdemos paseando con Dimitris Pikionis y nos detenemos en el tiempo hablando entre cuatro paredes.

Aunque pensemos —y yo así lo siento— que la extinción de la humanidad es un proceso que ya está en marcha y seamos conscientes de que estamos en la época de la gran aceleración, todavía queda un rato desde nuestra escala humana para que esta se produzca. Mientras, y esto es muy de madre, podemos ir haciendo algunas cosas que, aunque no vayan a arreglar un mundo sin solución, sí puedan provocar una cuenta atrás menos dramática, tal y como hemos podido observar en esos meses de confinamiento que han mostrado un entorno natural resiliente y sorprendente sin humanos. Asumir esta situación no me incluye en el grupo de voluntaristas de la extinción y, por supuesto, me aleja de los ecofascistas que quieren reequilibrar el planeta mediante la muerte de varios millones de humanos (un poco lo que ya está ocurriendo). Por ahora, soy vegetariana y el mayor de mis cuatro hijos ya ha decidido no reproducirse: no cabemos tantas vacas ni tantos humanos.

Tampoco pienso en las arquitecturas del fin del mundo desde la resistencia, como estas edificaciones tan absolutamente espantosas para billonarios que se encuentran en Kansas (<https://survivalcondo.com/>), ni en ningún otro tipo de estrategia edificatoria de carácter excepcionalista humano que pase por ocupar algún otro territorio de la galaxia con el mismo sentimiento de dominio de todo lo que nos encontremos al llegar en nombre del bien común: ¿común de quién? (todo el mundo sabe que Sir Norman Foster tiene una parte de la oficina destinada a proyectos en Marte desde hace tiempo).

Las prácticas arquitectónicas de las que ahora quiero hablar son de mediación *entre zonas de contacto pluriversal*, robando estas palabras a Uriel Fogué, quien se las apuntó de la voz de Marisol de la Cadena. A mí también me cuesta a veces entenderme, pero hay

que esforzarse y salir de la zona de confort para poder aceptar que la arquitectura despliega relaciones cosmopolíticas que posibilitan ser *seres con*.

Me explico: obligada por el título de «Viviendo solas», Chavela Vargas ha comenzado el texto introduciendo posiblemente el término más importante para muchas y muchos en las últimas décadas del siglo XX: la libertad. Ahora la libertad ha de ser obligadamente, y por primera vez, la libertad de todos, todas y todes; la libertad de los humanos y los no humanos para vivir y para morir.

Cuando se ha nacido mujer y el imaginario asociado a dicho dato ha sido el de la familia que a su vez está ligado a una casa, la palabra «libertad» remite a la ficción de vivir sola. Es cierto que después de los grandes temas mencionados parece difícil llamar la atención sobre la soledad deseada, pero plantear esta situación afecta a muchas variables interconectadas. Al igual que en otras disciplinas, desde la arquitectura en ocasiones emergen proyectos capaces de revelar otros mundos posibles que pasan desapercibidos: son estrategias arquitectónicas menores que habilidosamente desnaturalizan los hábitos, rompen los límites construidos y ocupan los espacios-tiempos intermedios.

Hoy en día, la forma de vivir los espacios construidos está experimentando una transformación radical tanto en el ámbito doméstico como en el entorno urbano que tiene sus orígenes en las transformaciones sociales, de género y tecnológicas del siglo pasado. La posibilidad de vivir solo abre numerosos desafíos socioespaciales que van desde el conocimiento de este estilo de vida y sus matices hasta las necesidades urbanas y espaciales de su arquitectura.

A las dualidades ya cuestionadas previamente que culminaban en mujer/hombre se unen otras dentro del mismo discurso: trabajo/ocio, material/digital, natural/artificial, centro/periferia y temporal/permanente, todas ellas con un fuerte impacto en nuestra disciplina. Especialmente relevante es la dualidad no humano/humano en relación al tema que nos ocupa.

La realidad demográfica de los países occidentales muestra, en décadas recientes, un aumento exponencial de personas que viven solas. Sólo en Europa, el aumento de la población que habita en viviendas unipersonales ha pasado de 15% en 1960 a 34,6% en 2019, convirtiéndose en la solución más común en los grandes centros urbanos, superando a las viviendas ocupadas por familias tradicionales.

Según los estudios de tendencias, vivir solo es una forma de vida cada vez más deseada tanto temporal como permanentemente. De hecho, la proliferación de este estilo de vida puede reflejar el desarrollo de una sociedad en relación con el ejercicio de la libertad individual, la emancipación y la autonomía.

Evidentemente, las temporalidades y las organizaciones domésticas comenzaron a ser profundamente modificadas por las transformaciones de género de finales del siglo XX. La inclusión de las mujeres como miembros activos de la sociedad en el mercado laboral, así como su ruptura con el imaginario del ama de casa, ha favorecido que las temporalidades domésticas se extiendan a la ciudad con nuevas posibilidades, nuevos horarios y nuevas prácticas domésticas.

De esta forma, aunque la arquitectura de la casa aún refleja las tipologías de la familia burguesa, con una división espacial ligada a las funciones de sus habitantes dentro de un imaginario jerárquico y machista, la domesticidad se expande por la ciudad colonizando lugares antes cerrados a las mujeres o inexistentes.

Por otra parte, internet —sin tiempo ni ganas para entrar en la crítica y el control de los señores del aire— aumenta la domesticidad en otros ámbitos y facilita tanto la formación y el trabajo como el ocio, la comunicación y la satisfacción de los afectos.

Mientras las empresas parecen casi elogiar este estilo de vida emergente, ya que mantienen un nivel casi de absoluto monopolio de los elementos necesarios para hacer de vivir solo un estilo de vida digno, la arquitectura, el urbanismo y la regulación de ambos se han de enfrentar a un nuevo paradigma que implica un cuestionamiento radical de todos sus modelos establecidos, tanto a nivel funcional y relacional como desde el punto de vista legislativo, en relación a la propiedad horizontal. Frente a ratoneras en barrios gentrificados con un gimnasio compartido, se puede aspirar a regular el proyecto de comunidades de habitantes que comparten espacios, tiempos y cuidados.

Las posibilidades que abre la decisión de vivir solas y solos nos fuerzan como arquitectos a intentar discernir en el presente lo que puede producir algo que quizás haga futuro: una buena vida y una buena muerte. Como dice Stengers, *el pragmatismo es el cuidado de los posibles*: todos vamos a morir, pero parece que no queremos mirar hacia ello; muy posiblemente muramos solos y

solas: cuidar esa soledad, deseada o no, es pragmatismo. ¿Es vivir sola una práctica divergente en el interior de los espacios lisos y neutralizados del capitalismo?

Digamos, para ir concluyendo, que vivir solos es un oxímoron según lo dicho anteriormente. Aunque vivamos alejados de otros humanos, queramos o no, somos *seres con*; somos seres que coevolucionamos con el resto de entes no humanos que habitan con nosotros en casa y en la ciudad. De hecho, desde esta visión, la casa y la ciudad, el territorio en general, no se ocupa, sino que es otro ente más; la arquitectura media entre todos ellos estableciendo distintas relaciones que no se basan en el consumo, en la cosificación de la Naturaleza ni en el sometimiento de otros, sino en la negociación y la conversación con todos. Menos simpatía humana y más empatía no humana; o simplemente: menos simpatía y más empatía, que tiene que ver realmente con los cuidados y no con la buena educación y el fachadismo. Afirmar y visibilizar la existencia de las solas y los solos es un asunto político; es un asunto cosmopolítico. No se trata de «politizar» las minorías, sino de afirmar que para muchas minorías en nuestro mundo existir significa tener que resistir. No hablo solamente de los humanos, ni siquiera de las mujeres afganas; hablo como arquitecta, como mujer, como madre, como terrestre, porque es mi responsabilidad dar voz y visibilidad a los peces sin oxígeno del Mar Menor, a las vías ahora asfaltadas, a la pena de muerte, a los pendientes en las orejas de las recién nacidas, a las licencias de armas, a las abejas fumigadas, a las facturas abusivas de las compañías eléctricas, a los perros domesticados comprados y abandonados esperando la inyección letal, a los que sufren los comentarios de los curas contra la homosexualidad, a los cerdos comidos sin su permiso, a los toros que mueren en el ruedo sin su permiso, a las hipotecas de 35 años, al elefante que mató el rey de España sin su permiso, a la bicicleta que no tienes, a los que carecen de contratos legales de trabajo, a las calles oscuras por donde no puedes pasear sola, al semáforo que no da tiempo a cruzar, al nombre del fascista en la calle de al lado, a las religiones que maltratan y esclavizan a las mujeres, a las clases magistrales en las escuelas de arquitectura que niegan el Antropoceno, a las torturas en las cárceles, a la escuadra y el cartabón.

Chavela, estabas equivocada: la soledad no es el precio de la libertad, sino la recompensa.